

LA LUZ DEL PORVENIR

Fecha: 13 de

Diciembre de 1888.

Precios de Suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripción

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Discurso pronunciado por D.^a Rosario de Acuña.—El Cielo y el infierno.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

Doña Rosario de Acuña

en la lógia HIJAS DEL PROGRESO, instalada últimamente en Madrid, y de la cual es oradora tan notable adalid del libre-pensamiento

Estimados hermanos y hermanas: Es forzoso que comience mi plática hablando de mí, porque es forzoso que se recomiende á vuestra indulgencia quien, como yo, se atreve á dirigiros la palabra, para lo cual no estará demás advertiros mi ignorancia, lo que pudiera llamarse mi inocencia, respecto al acontecimiento que nos ha reunido en este local. Tened además en cuenta, para recibir con benévola caridad todo cuanto he de manifestaros, que mi alma se nutre de impresiones, de ideales, de amor, de felicidad y de fé, en medio de los campos y de las montañas, á orilla de los mares y en el interior de los bosques; que allá en las augustas soledades de la naturaleza, donde el acento de Dios habla con las tormentas, se esparce con las auroras, vibra con los rayos del sol y repercute con los destellos de las constelaciones, es donde mi inteligencia recoge el sagrado fuego de la racionalidad, por el cual el espíritu humano tiene derecho á ceñirse la diadema de rey de los séres.

Mi alma no sabe aquilatar las filigranas del pensamiento: áspera y libre, viviendo de esperanzas y de libertad, cuando penetra en estos recintos sociales donde brillan los maravillosos esplendores de nuestra civilización, se siente trémula, vacilante, y sus espresiones, desacordes con el medio ambiente que la circunda, no se manifiestan con aquel prestigio digno de la grandeza intelectual de nuestra época. Emancipada con indomable tenacidad de tan maravillosa cultura, no sé expresar mis pensamientos sino en el mismo tono que vibran en mi sér, y éste, habituado á los inmedibles horizontes de la tierra y del cielo, se encuentra ante la ofuscadora luz que le rodea como insecto encerrado en el laboratorio de un naturalista, que tomando por sol la encendida lámpara se empeña en calentarse á sus rayos, consiguiendo solo quemar en ellos sus invisibles alas. Necesito, si por cierto, de vues-

tra amable bondad; os suplico que me la otorguéis, convencidos de que, si la rudeza de las formas de mi discurso me señalan como indocta en el arte sublime de la palabra, el fondo que en ella late, erróneo ó acertado, profundo ó sencillo, trascendental ó insignificante, beneficioso ó inútil, lleva en sí una virtud que me atrevo á proclamarla, aun á trueque de pasar por orgullosa, la más esencial condicion de todo discurso humano: la sinceridad. Como los grandiosos espectáculos que casi siempre me rodean no mienten nunca; como la naturaleza es una y eterna verdad en todas sus manifestaciones, mi espíritu, impregnado de sus realidades, no sabe mentir, y benévolo ó airado, conmovido ó receloso, audaz ó cobarde, sábio ó presumido se muestra *como es*; mérito que os suplico tengais en cuenta para que, así como habréis de disculpar la insuficiencia de mis pensamientos, estiméis en todo su valor la sana voluntad que me mueve á dirigiros la palabra. Esta va escrita, ya lo veis; yo no sé crearla sino en la soledad; necesito que el papel me la recuerde tal y conforme la emitió el pensamiento al suponerse en vuestra presencia. Todos los que en el aislamiento vivimos; todos los que hemos sentido la grandiosa sublimidad del diálogo con la naturaleza, no sabemos modular una sola frase en presencia de nuestros semejantes; distraidos con el hábito de la observacion, al encontrarnos delante de ese maravilloso infinito que se llama criatura racional, nos amonadamos, é intentando hablarla, nos paramos á oirla. Viéndola siempre como esfinge de problemas de cuya resolucion depende la felicidad de la especie, nos es imposible, en su presencia, esa serenidad que, engarzando en el vocablo el pensamiento realiza el más alto de los sacerdocios: el de orador. Privilegio de las grandes almas, dotal presente que á los génios hace la voluntad del Creador, no podemos ostentarle los que, como yo, sentimos en lo íntimo de nuestras conciencias la necesidad de aprender.

Dispensadme, pues, que lea mi discurso, y dispensadme que le dè la amplitud necesaria para desenvolver, siquiera sea someramente, el tema que le informa, y sobre el cual deseo atraer vuestra atencion para que aquí en este momento, y fuera de aquí en lo sucesivo, vuestras inteligencias, meditando hondamente en el asunto lleven al campo de las ideas nuevas luces, nuevas inspiraciones, nuevos racionios que engarcen como en preciados eslabones de oro esta gran labor de progresos que las inteligencias escogidas de mi pátria están esculpiendo en el libro inmortal de la historia.

Mas antes de abordar el fondo de la cuestion, permitidme, hermanos mios, hacer una salvedad, y es la de que mi palabra va dirigida especialmente á mis hermanas, hoy congregadas aquí para una solemnidad masónica, cual es la instalacion de una lógia femenina, primera, si no estoy mal informada, que la órden ofrece al concurso de sus fuerzas.

No sabemos, ni es posible saberlo, porque no le es dado á la criatura humana el conocimiento del porvenir, no sabemos si esta Lógia femenina, hoy tan dignamente presidida por su ilustre venerable y tan noblemente secundada por las hermanas aquí presentes, será el fundamento, la piedra angular de la regeneracion de la Orden, tan necesitada de regeneracion como todos los núcleos vivos de la sociedad actual; no sabemos si de esta Lógia brotará una enseñanza de virtud, de prudencia, de templanza y de lo que es más preciso en esta y en todas las asociaciones, de concordia; no sabemos si sus columnas serán las invencibles murallas donde se estrelle el fuego de los odios, de las vanidades, de las envidias, de esas atmósferas impuras que brotan de las almas pequeñas, y desparramando sus gérmenes de muerte sobre la sociedad, la familia y el individuo, van empobreciendo nuestra raza, trabajada por una lucha de soberbias y de rencores que la estenúa

para las sabidurias y la agota para las bondades; no sabemos si esta Lógia femenina será el baluarte blindado por inquebrantable acero que recoja en su interior el espíritu masónico, ese espíritu bondadoso, severo, casto y heróico que, sin hacer méritos de la palabra, del signo, del grado, de la categoría, de la forma, sustenta enhiesta como esperanza de redencion la sublime enseñanza de la moral eterna: "Amaos los unos á los otros."

No sabemos si esta Lógia femenina será un astro que surge para iluminar el oriente de la futura humanidad ó un aereolito perdido en las inconmensurables ondas del éter, que tras breve incandescencia cae apagado en las profundidades del olvido. Pero bien sea luz ó sombra lo que en el porvenir la espera, no puedo menos de dirigirme á ella, que condensa, á ella, que realiza uno de los más caros ideales de mi alma, *la mujer por la mujer*; la mujer engrandecida, ilustrada, dignificada por la mujer; la mujer, permitidme la frase, probando sus fuerzas como sér pensante, manifestando sus condiciones como sér racional en un radio de accion pura y genuinamente femenino. ¡Dejadme, pues, hermanos míos, que me dirija exclusivamente á mis hermanas, que para ellas hable, que para ellas use términos familiares, sencillos, triviales, si necesario fuera; van dirigidos á su inteligencia, á su cerebro, á sus potencias mentales, gemelas de las mias, sobre las cuales pesan siglos y siglos de opresion y de violencia, sobre las cuales pesa todavía, como aquellas losas malditas del infierno dantesco que pesaban sobre los condenados, el horrible convencionalismo educativo, en el cual nuestras leyes, nuestra religion y nuestras costumbres moldean las almas femeninas hasta estrujarlas en los raquíticos destinos de la sierva! Dejadme que me dirija exclusivamente á la mujer.

Ahora volvamos el pensamiento hácia un sol que, paralelo al de nuestro sistema planetario, siguiendo como él una trayectoria desconocida, y como él avanzando sin cesar por el infinito, sirve de motor á nuestras almas calentando sus inspiraciones con los destellos del ideal.

Volvamos nuestros pensamientos al amor.

Todo nuestro sér *es amor*; todas nuestras fibras, todos los senos de nuestra organizacion reconocen su clave en ese astro luminoso que regula las fuerzas del universo. Para la mujer lanza sus mejores destellos, y, sin embargo, *él*, el *amor*, la lumbrera incandescente de promesas que pinta las flores y matiza las aves, la lumbrera sin ocaso á cuyas caricias embriagadoras el universo se inunda de armonías *él*, que hiende las entrañas del planeta y concierta el idilio lo mismo en las negras ondas de los subterráneos lagos que en la rocosas grutas de las inabordables cordilleras; *él*, que lleva la vida de las especies de uno á otro hemisferio, de uno á otro polo; el eterno inspirador del nido, del jorgeo y del aroma; el hálito infinito que orea la razon tornándola de sensorial en creadora; *él*, el amor, ante el cual la mujer camina ofreciendo las bellezas de su juventud y las austeridades de su vejez, convierte nuestra existencia presente en árido Calvario de decepciones, que arrancan de nuestro sér primero la hermosura, más tarde la bondad, despues la resignacion.

¿Cómo es esto? ¿Qué aberracion consume esta contradiccion?

El amor, ese sentimiento, esa vibracion, esa ley ó ese astro, que bien surgiendo innato en nuestro ser moral, bien ondulando como fluido de cohesion, bien ordenado por misterioso código ó bien acumulando las fuerzas vivas como dinámico motor de la naturaleza, de todos modos puede llamarse, lo intrínseco esencial de nuestros espíritus, extendiendo una sombra de negaciones y de sufrimientos sobre la criatura mas apta para sentirle, trasmitirle, obedecerle ó glorificarle.

Permitidme que sin mas argumentacion expositiva atraiga vuestra imaginacion

al ancho campo de las comparaciones y os exponga la radiación del amor, *como es* y como *debería ser* en las almas femeninas.

Figurémonos una pequeña laguna encerrada en profundo vallejo; tersa y brillante en superficie, le rodea un cerco de florecidas plantas; es un rincón no exento de belleza en donde se refleja un pedacito de cielo y otro pedacito de tierra; su fondo es cenagoso, pero su reposada quietud le da apariencias de diáfano cristal. De pronto cae en medio de aquella laguna un terrón de tierra tosco y deleznable; al chapotazo el agua salta desbordada; el primer círculo que produce es tumultuoso, desordenado; el segundo círculo es más continuo, más sereno; el tercero muere sobre las plantas de la orilla llevando á ellas un limo negro y estéril arrancado del fondo por el tosco terrón de tierra diluido al choque en barrosa confusión de moléculas.

Hé aquí la existencia femenina estrechada en las honduras de la sociedad; en ella se refleja un giron del cielo y otro giron de la tierra; todos sus aspectos ofrecen paz, quietud, tersura; allá en las profundidades de la inteligencia hay negruras cenagosas; de pronto en aquella superficie tranquila cae el amor propio, *raíz* de todos los amores humanos, el amor propio de la mujer actual, febril, monstruoso, con tosquedades bastas y deleznales como las que ofrece un terrón de tierra.

El génesis del amor, que es el amor propio, enturbia la paz de la femenina existencia; al choque salta en su corazón el amor sexual, primer círculo, primera esfera de las vibraciones del amor; nada de armonía, nada de medida reflexiva en aquel circuito moviente; toda la vida femenina parece insuficiente para contener aquella onda; apenas calmada brota de ella el amor maternal, esfera más suave, mejor contorneada en el nivel de la existencia femenina; después..... ¡nada!

¡Oh, no son estas las evoluciones del amor á través de la especie! ¡No son estas esferas! ¿Cuáles son, pues?

Sigamos comparando. Veamos la inmensa superficie de un anchuroso lago: auríferas arenas esmaltan su fondo abierto en granítica roca; sus riberas son taludes abruptos, inextricables florestas, extendidos valles; es la imagen del lago inmenso que tiene tormentas y serenidades como el Océano; digno espejo de lo infinito no se necesita mirar arriba ni abajo para ver en su extensa superficie la majestad del cielo y la majestad de la tierra. Un agudo pedernal cae en su centro; con tersura de bronce y agudezas de diamante hiende rápido las cristalinas ondas produciendo un radio firme y seguro alrededor de su centro. La onda crece y se ensancha sin sacudidas y da lugar á otra onda y luego á otra que, multiplicada hasta lo infinito, se pierde en la inmensidad de su grandeza tan cristalina y tan serena como brotó de su núcleo céntrico.

Séame permitido ofreceros esta imagen cual modelo de las manifestaciones del amor en el alma femenina no comprimida, estrechada y hundida en concavidades sombrías, sino anchurosa, extensa; reflejadora de la inmensidad de los cielos y de la inmensidad de la tierra, guardando en sus profundos senos raudales de bondad tesoros más valiosos que las auríferas arenas de imaginado lago

Despertemos á la vida del amor con una estimación de nosotras mismas tan inquebrantable como el agudo pedernal que hiende las cristalinas ondas; no importa que sea pequeño, casi invisible, si lleva los cortes del diamante y las durezas del bronce: que caiga sin ser apenas visto en el centro de nuestra existencia; de él surgirá la ondulación sagrada que suavemente irá marcando esferas tranquilas, armónicas, perfectamente redondeadas en torno de su centro.

He ahí el amor brotando expansivo, sin límites, ofreciéndose á la mujer en toda su grandeza, en toda su excelsitud.

El círculo bendito irá ensanchándose; el ocaso de ese deliquio llamado amor sexual no estará enturbiado por impuros recuerdos; en él verá la mujer el principio de su destino, no el fin de su misión.

¿Dudaréis de mis palabras, hermanas mías? Mirad en torno de nosotros: ¿qué queda en pos de esa primera luna matrimonial, de esa luna que parece imposible que llegue al Occidente, de esa luna en la cual los horizontes de la vida no ofrecen un suceso que no brille con esplendor de astro ni un día que no aparezca con fulguraciones de paraíso?

¿Qué queda de esa primera luna matrimonial llamada de *miel* por los indiferentes? Una sonrisa al encuentro de la mirada de los esposos, unas hojas de rosa marchita en algún rincón del hogar, y ¡ay! si en pos de ella no queda una existencia acribillada por la amargura y la desesperación y un organismo herido para siempre por la enfermedad. ¿Y ahí habrá terminado el amor? Imposible. Sigamos sus ondulaciones divinas, veámosle dilatado en ambientes gloriosos sobre las puras frentes infantiles; la onda ha seguido ensanchándose, después del esposo los hijos. ¿Y todo acabará allí? No; el alma de la mujer abarca todas las anchuras de la condición de racional. El hogar está saturado de amor; sus fulgores todo lo impregnaron, y la vida sigue pidiendo calor á las almas humanas; no basta el recuerdo de una mirada, la memoria de una caricia para que llegue al concierto universal la modalidad del amor; la naturaleza se nutre solo de actividades. He ahí la patria; sus dolores llevarán una lágrima á los ojos femeninos, sus venturas un grito de júbilo á los labios, pero aun no basta; más: he aquí la única palabra que sintetiza lo infinito; es la humanidad la que llega á reclamar el tributo del amor; en ella se dilata la existencia entera, todas las fuerzas de la vida se agitan ante su invocación, todo lo recoge, todo lo conmueve; la inmensidad sin límites es la ruta de sus inmortales etapas.... pero aun el amor, más grande que la humanidad sigue ondulando, aun puede dilatar con más extensión su círculo sagrado; es la naturaleza que llega con reflejos de Dios á inundar de fulgores el espíritu femenino

Hé aquí la vida de la mujer, he aquí como será digna de sí misma, digna de la familia, digna de la patria, de la humanidad, de la naturaleza.

Rompamos hermanas, mías, los exclusivismos del amor; dilatemos sus esferas hasta el infinito; es nuestra vida, es la vida del hombre, la vida de la patria, la vida de la humanidad, la que reclama de nuestras almas las modalidades graduadas del amor.

Hoy nuestra existencia se consume en un desasosiego hondo y perturbador.

—Has nacido para amar—nos dicen leyes, religión y costumbres, y nos trazan en este panorama de ventura un límite infranqueable.—Ostenta tu juventud, tu hermosura, tu riqueza, tus gracias; ha llegado la hora del amor; tienes que ser elegida entre ciento, entre mil; has nacido para amar; esta verdad está en las ideas; en los hechos tienes que esperar á que te amen, porque la especie humana todavía vive encapullada en el nido de las especies inferiores y aun duda entre llamarnos mujeres ó hembras; toda tu juventud, toda tu hermosura, todos tus dones pueden hundirse en la muerte sin cumplir su misión si en la subasta que se prepara no se encuentra postor.—Esta es la primera lección de amor que la mujer recibe; el límite se salva aun á pesar de leyes, religión y costumbres; pero la mujer se habitúa á puerilizar su amor propio; no le cuesta trabajo despreciarse á sí misma; llega á creerse lo que se oye llamar; la idea de su propio sér toma en su inteligencia un carácter puramente infantil; la honra la coloca en cualquier parte, nunca en grandes conceptos; la dignidad suele colocarla en que no se descomponga un lazo del traje.

Se hace esposa, y todo ha terminado; su vida respira, como fatigado obrero que concluyó un trabajo de empeño—descansemos, dice la mujer, nada me queda ya que hacer; esta es la meta de mi jornada;—y su alma se torna de activa en pasiva; no evoluciona hacia el porvenir, y aun pudiera asegurarse que evoluciona hacia el pasado; el hombre que tiene a su lado toma en su imaginación el carácter de lo absoluto; siempre le vé igual; para ella es el mismo que la dijo la primera galantería; nada importa que la realidad la señale una diferencia monstruosa entre ella todo candor y pureza, y él, veterano muchas veces herido en las lides de la sensualidad; para ella siempre es el novio, el mancebo, la poesía del amor, el galán rendido á los triviales caprichos de la femenina fantasía. ¡Oh! ¡Toda la existencia de la mujer se encierra en el círculo de esta ilusión!

Las horas pasan; la naturaleza sigue su ascension progresiva; el torrente de la vida transforma los tiempos que jamás vuelven sobre su camino, y la mujer sigue inmóvil sin aceptar la transformación; el hogar se torna en su sepulcro; aquel sagrado templo, que debiera ser el pedestal de su grandeza, le sirve de ataúd, donde la disgregación de su personalidad se lleva los últimos vigos de su inteligencia; y si en la violencia de la indignación deja que el odio penetre en su alma, se entrega á otro destino más horrible, más exhausto, más desesperante, en el cual mercadera de sí misma, recoge por única felicidad la lisonja de los impúdicos y el desprecio de los honrados. Nuestra propia vida reclama el remedio; la vida del hombre *le exige*.

El alma masculina llora su triste soledad en los campos del racionalismo. El alma masculina, como la nuestra, siente la hora del amor, esencialmente distinta de la hora de la sensualidad; como la nuestra imagina los radios de la vida hermosados, por una compañera eterna, coopartícipe de sus penas, de sus alegrías, de sus derrotas y de sus triunfos, y el hombre acude al matrimonio muchas veces hondamente arrepentido de sus pasados errores.

—He ahí la mujer, he ahí su mitad—le dice la voz de la naturaleza, en él no oscurecida por inútiles respetos; todo lo espera de aquella futura existencia doble, y aunque temeroso de la mujer por una larga lección de siglos que se la señala como criatura necesitada de señor y cadenas, el amor, ante el cual se sienten las almas iguales, le inspira la mas honda estimación, el mas hondo afecto hacia aquel ser que es mitad de sí mismo, bien que les pese á todas las legislaciones humanas. El matrimonio se le presenta como un contrato de dos voluntades libres, de dos conciencias responsables; así lo cree; no es posible que ningun hombre honrado suponga al casarse que compra una esclava! De pronto se ve convertido en amo; hasta su nombre sirve para reconocer por legítimo al estado civil de su esposa; la mujer le hace Dios, aquella criatura que supuso ser consciente, se despoja ante él de toda personalidad; satisfecha con el halago, no pretende la estimación; su entendimiento no defiende una sola verdad y en cambio se aferra con tenacidades de niño á los mas absurdos errores; servil, humilde, contentándose con la caricia y desdénando el respeto, no tiene el atrevimiento de una sola contradicción en las más árduas circunstancias de la vida, y en cambio se torna indómita fiera para la defensa de las supersticiones, de las rutinas, de las vanidades y de las envidias, exponiendo á las miradas del menos hábil observador un amor propio enfermo, deforme, monstruoso, que desdeña la mesurada firmeza de la convicción racional y se entrega á la violencia alborotada y transformable de la opinión instintiva.

El hombre se aleja de su hogar; se conforma con ser amo; los extraviados conceptos de la vida que durante su infancia y su juventud le hicieron aprender, re-

cuperan su imperio; el amor hácia su compañera huye de su corazón, y en el hueco que deja se establece el orgullo; más tarde amará á los hijos, amará á la patria, á la humanidad, acaso á la naturaleza; pero toda su existencia se desarrollará conmovida, en primer término, por el amor así mismo, absorbente de todas sus facultades, que no caerá á lo hondo de su conciencia para hacerle más justo, más bondadoso, más sábio, sino que flotará en la superficie de su vida para hacerle desear la mayor cantidad posible de admiraciones y de respetos.

Henos aquí ante las evoluciones de la existencia masculina, funestamente perturbadas por el alma de la mujer. ¡Y qué diremos de la patria, que diremos de la humanidad! ¿No vemos acaso á la primera, sin piadoso espíritu, correr desalentada de fanatismo en fanatismo, de prevaricación en prevaricación, de odio en odio, clamando idealmente por el asociamiento, y en realidad disgregada por una série de rencillas míseras, que, como manada de roedores, no dejan honra sana, hogar tranquilo, creencia segura ni virtud respetada? ¡El amor de la mujer á la patria! ¡Todo puede ser suavizado por ese noble sentimiento! ¡Que de ternuras condescendientes pueden brotar de las enamoradas patricias! ¡Que fé tan gigante puede surgir en las varoniles inteligencias cuando la hija, la hermana, la esposa y la madre, satisfecho su corazón con estos primeros amores humanos, se apresten á otorgar su ternura á nuestra dolorida España! Cuando ellas, en sus poderosas imaginaciones concierten leyes para redimirla de sus miserias, progresos para llevarla á las grandezas, ¿qué entidad masculina habrá que no se resuelva á perder cien veces la vida en aras de tan sublime causa?

¡Recojamos, hermanas mías, los divinos destellos del amor en el seno de nuestras naturalezas! ¡Hagámonos dignas de recibir sus eternos efluvios! La humanidad marcha en nosotras; de nosotras espera el último florón de su diadema de soberana que no puede considerarse racional dejándonos morir en el vacío de la pasividad, es menester que nuestro corazón se dilate; que todas sus ternuras, traspasando los límites del propio amor, se extiendan mas allá de la familia, más allá de la patria, hasta inundarse de fulgores en el radiante núcleo de la humanidad! ¡Véamosla caminar todavía por senda de abrojos, cayendo á cada paso en las convulsiones del dolor, dudando de su fin, desconociendo su principio, dejando en su ruta á través de los siglos, razas enteras desgarradas por el cáncer de los egoísmos! ¡Veamos á la humanidad repoblando mil y mil veces los vastos continentes del planeta, ansiosa siempre de una afirmación categórica que le asegure la felicidad, y siempre llorando, sobre las ruinas de sus civilizaciones, el aniquilamiento de sus ideales: este es el gran sér que ha de resumir todos nuestros amores, la humanidad; por ella hemos de amar á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestros esposos y á nuestros hijos; por ella hemos de amar al hombre!

No puedo menos, antes de terminar, rogándoos de paso dispenseis la extensión del discurso, de volverme airada, aunque sin rencor, contra una de las manifestaciones del error que, encarnando en naturalezas raquíticas, anémicas de sangre y anémicas del ideal, se desliza en torno de nosotros procurando si bien inútilmente enturbiar la serena determinación de la conciencia en pro de tan altas aspiraciones.

Si me fuera preciso calificar ciertas afirmaciones gratuitas hechas casi siempre *á priori*, no me atrevería á darlas ni el nombre genérico de reptiles, porque se me figuraría demasiado grande; las llamaría simplemente lagartijas. Estas afirmaciones llegan á las almas femeninas que proceden de buena voluntad, y que, hallándose como se hallan, en época de transición, son neófitas, poco firmes en sus creencias, y las perturban lastimosamente desviando el generoso despertar de sus inteligencias sobre los caminos del progreso y de la perfección.

Yo os suplico, hermanas mías, que no dejéis llegar á vuestras almas semejantes afirmaciones sino cuando esteis seguras de destruir los hilos sofisticos de la trama sobre la cual se exponen.

La mujer *puede* y *debe* pensar; ningun límite impuso la naturaleza á sus facultades racionales; esa tan decantada, traída y llevada cuestión de inferioridad fisiológica de su órgano pensador, que es el cerebro, está hace tiempo dilucidada entre los *verdaderos* sabios de *buena fé*; interin una larga y paciente experimentacion no compruebe de modo irrecusable, *positivo*, que con iguales medios moldeadores ó edncadores sigue subsistiendo la misma inferioridad, tenemos el derecho de atenernos á una sola realidad científica, que no puede demostrarse en este sitio; los cerebros infantiles, por regla general, no presentan ninguna diferencia entre uno y otro sexo hasta los tres ó cuatro años de edad, ¿será menester recordaros que en esta edad precisamente comienza la diferencia radical en los procedimientos de educacion y de enseñanza?

Dejemos el asunto como está, y sin dañarlas apartemos cierta clase de afirmaciones de nuestro camino.

En cuanto á esa cohorte de denuestos que nos sigue, probando á nuestras conciencias que hemos emprendido una senda de verdadera regeneración en cuanto á la hueste que nos empuja al Calvario, evidenciando á la facultad reflexiva de nuestras almas que cumplimos una delegación gloriosa en el seno de las generaciones contemporáneas; en cuanto á las amarguras que llenan de íntimo regocijo nuestro pensamiento, ávido de poseer la verdad, y convencido de que no se llega á ella sino á costa del continuado sacrificio, extendamos sobre todas ellas el último destello del amor.

Si no fuese por el dolor, cómo sabríamos aquilatar la importancia de nuestra misión! ¡Y no inclinemos nuestras frentes con la duda sombría de ser malas hijas, malas esposas, malas madres, por ejercer de criaturas racionales, tesis sostenida con demasiada frecuencia en esta patria nuestra, donde aun se afianzan las garras de mónstruos inquisitoriales que entregaban á las hogueras á sus padres, á sus esposas y á sus hijos.

¿Qué razón sana, que imaginación convenientemente cultivada, qué inteligencia libre de perjuicios impuestos hará caso de ese vulgar é ignorante concepto que se arroja como arma de iniquiladora contundencia cuando se está defendiendo la alteza del intelecto femenino, exponiendo al manifiesto aquel nuevo mundo donde la mujer ya está reconocida como persona?

—¡Buenas serán *las madres* de los Estados Unidos!—exclaman con énfasis los herederos de aquellos que en un concilio memorable votaron afirmando que el alma de la mujer no era racional.

¡Pueril argumentacion deshecha con una grandiosa realidad! Allí, en aquella cuna de la humanidad futura; allí en aquella América del Norte que cuenta para extender sus civilizaciones con estados más grandes que la Europa entera; allí, donde la mujer comienza á vivir la vida del derecho, la vida de la razón y la vida del trabajo, no debe haber muy malas madres, cuando en medio siglo no solo se ha duplicado la poblacion, sino que se ha henchido de séres, no raquíuticos, empobrecidos y viciosos, sino pletóricos de salud, de fortaleza y de genio, merced á los cuales los campos americanos se han convertido en abastecedores del mundo y las asociaciones de sus ciudades en centros de luz atractiva para las inteligencias de los sabios...

¡Que no se pudieran traer á este microscópico estado español algunas de esas *malas madres* de los Estados Unidos! Y contad, hermanas mías, que la existencia

de la familia americana no es el ideal por el cual suspira el alma.

Transformemos nuestros destinos presentes levantando nuestros espíritus á niveles grandiosos, nunca entenebrecidos por las sombras del odio y la desesperacion; que nuestros sentimientos, nuestras acciones, nuestros ideales se desenvuelvan siempre acordes con las armonias del amor; vayamos extendiendo sus esferas en grandiosos círculos con la íntima persuacion de que así cumplimos los fines de la vida. Salvemos todos los límites que las imposiciones de la intransigencia, engendro de la ignorancia y del miedo, marcan á nuestras actividades; y cuando ya anegado nuestro corazon por los amores busque en lo infinito la sublime dicha, rindamos nuestra voluntad á la naturaleza, con firme propósito de acatar sus leyes y conocer sus procedimientos. Indaguemos con la respetuosa admiracion que se merece tan excelsa madre los mandatos que nos impone, sin que para obedecerlos nos detenga ningún poder humano. Contemplemos su gran labor de progreso á través de los siglos, sobre las razas, por cima de las civilizaciones y de las humanidades; veámosla elegir á nuestro sexo como santuario permanente donde la génesis racional se consagra soberana de las especies; veámosla acumular en nuestro sexo las graduaciones de la paciencia, que es el mas alto dón del génio humano, y, conmovidas de gratitud por sus inapreciables ternuras, convirtamos nuestras almas en el sagrario donde se manifieste su omnipotencia.

Tengamos conciencia de nosotras mismas; poseamos la seguridad de nuestra valía, la convicción de nuestra insustituible influencia en el perfeccionamiento de las razas, en la grandeza de los estados, en la supremacia de las civilizaciones; amemos la vida como es, múltiple, compleja, varia, evolucionando en continuada série de perfecciones hácia un porvenir inmedible; aceptemos con regocijo nuestras misiones de esposas y de madres, con entusiasmo nuestra mision de patrias, con religiosa piedad nuestra mision de humanas; no retrocedamos ante ninguno de estos destinos aunque tengamos la evidencia de que nuestros cuerpos y nuestras almas quedarán destrozadas por los sombríos rencores de las ignorancias y los egoismos; y cuando hayamos recorrido todos estos radios del amor, si llega á nuestros oidos una maldicion, una injuria, una calumnia, un dicterio que intente alistarnos en las huestes de la perversidad, levantemos nuestra frente, hagamos irradiar en ella con el fuego de nuestro cerebro la más sublime de todas las piedades, la piedad hácia el enemigo, y en tanto que nuestro espíritu afirma de este modo el triunfo del amor sobre el ódio, que nuestros labios, dirigiéndose al alma del mundo pronuncien estas frases: "Perdónalos, Dios mio, que no saben lo que se hacen."

He aquí lo síntesis del decálogo por el cual debería regirse esta Lógia femenina.

HE DICHO.

EL CIELO Y EL INFIERNO

I.

Nunca he creído ni me ha ilusionado el *cielo* de las religiones con el trono esplendente de Dios, donde éste se asienta rodeado de coros angélicos, castas vírgenes y mártires santificados por su heroismo los unos, y por su mansedumbre evangélica los otros. Jamás han conseguido conmoverme ni atraerme esa multitud de figuras, por bellas, por poéticas, por grandes que sean. De igual manera, tampoco el *infierno* bíblico con su fuego eterno y las horribles figuras de sus condenados han logrado atemorizarme ni hacerme recelar que mi alma pudiera un día habitar en aquel antro

del dolor. Siempre he dicho , recordando dos versos muy buenos de un gran poeta:
Ante la horrible tempestad del alma.
Las tempestades de la mar ¿qué son?
¿Qué es el fuego de las religiones comparado con el fuego inextinguible del remordimiento?

La vida en la tierra, en su desenvolvimiento y desarrollo, tiene *cielos* , *purgatorios* é *infiernos*, reales, positivos, innegables ; siempre he tenido este íntimo convencimiento; y si no lo hubiera tenido, hace pocos días que semejante convicción se hubiera apoderado de mi ánimo porque ante la realidad de los hechos , hay que reconocer la evidencia moral , la evidencia racional que se impone por la observación concienzuda y desapasionada.

En esa biblioteca universal , en esos volúmenes inéditos, en los cuales cada día los acontecimientos de la vida escriben un capítulo, en los seres racionales que pueblan este planeta, es dónde yo he hallado en pocos días , un cielo color de rosa con celajes bellísimos, y un infierno horrible con todos los tormentos de los réprobos.

II.

Entremos en el *cielo*. Es un gabinete sin alcoba, una salita à la inglesa , donde se ven los muebles siguientes: una cómoda barnizada de negro con adornos de relieve negro mate y tapa de mármol blanco , un tocador de caoba de forma antigua , con incrustaciones de nácar y maderas finas, un costurero, dos ó tres sillas y una camita no recuerdo si de hierro ó de Viena ; y no es extraño mi olvido , ó mejor dicho mis dudas, porque , en honor de la verdad, no se veía de que era el lecho , puesto que éste estaba cubierto con camisas, chambras y enaguas adornadas de bordados y encajes artísticamente colocados, destacando sobre visos azul pálido y rosa seca. En un maniquí de mimbres había un sencillo vestido de lana, de un medio color, y echado en una silla se veía un rico traje de rasimir negro adornado de blondas. Sobre la cómoda había cajas de todos tamaños que contenían pañuelos, abanicos, pulseras, etc., etc., todo en el desorden más encantador porque unas cuantas jóvenes curioseaban alegremente todo cuanto allí se hallaba expuesto. ¿Y cómo no hacerlo así si la dueña de aquel pequeño nido, si la simpática María se casaba al día siguiente y había convocado á sus amigas para que vieran cuanto había trabajado , pues obra suya eran los primores de su canastilla de boda?

La protagonista de la fiesta, la jóven María, con la sonrisa en los labios, con la mirada radiante de satisfacción , decía con cierto orgullito puramente femenino: Aun me queda mucha ropa que hacer, pero, vamos, lo más preciso ya está ; lo demás lo haré despues. ¡Tengo una casita más mona! ya la verán ustedes , parece un juguete; pero para los dos ya tendremos bastante. Todo es pobre, como ven, pero arregladito, y primoroso, eso sí—¡He trabajado más!..... A las cinco de la mañana me ponía á coser, más al fin he conseguido mi objeto , que era gastar poco y que todo estuviera bien cosido y bonito.—Y María señalaba los bordados que más trabajo le habían costado, y enseñaba los regalos que habia recibido, con esa íntima alegría, con esa juvenil satisfacción que experimenta la mujer cuando arregla el ajuar de su nueva casa.

María se casaba enamorada ; su prometido le habia dado pruebas inequívocas de un verdadero y profundo cariño. Miraba su pasado puro y sereno, su presente era un sueño delicioso , su porvenir..... ¡ Ah ! su porvenir encerraba para ella la hermosa realidad de la vida: la unión con el sér amado , la digna representación de la mujer casada y más lejos la apoteosis de la mujer ; la maternidad ! la glorificación de sus amores, el ángel sin alas buscando en su seno la savia de la vida , el pequeñito de

rubios sabellos y cuerpo de nieve balbuceando un nombre que conmovía dulcemente su alma: ¡Madre!....

Todo, todo esto veía María en lontananza: lo decía su significativa sonrisa; lo decían sus ademanes apasionados. La niña había dejado su blanca vestidura y la mujer esperaba ahelante que la bendición nupcial le diera derechos para entrar en la senda de la vida á cumplir los sagrados deberes de esposa y madre.

En aquel pequeño aposento estaba el prólogo de una nueva historia, y el alma se encontraba satisfecha contemplando aquellas galas sencillas, modestas, humildes, pero impregnadas de algo puro, encantador, sublime.

Allí estaban las primeras páginas de una existencia honrada y laboriosa; allí la suma de muchas horas dedicadas al trabajo y á las más dulces y risueñas ilusiones; allí el *cielo* de la vida humana cubierto de celajes de azul, oro y zafir.

Cada onda, cada florecilla, cada pliegue de aquellos adornos representaban un mundo de ensueños y esperanzas que felizmente María iba á ver realizadas. ¡Qué más cielo que unirse á un sér amado con esos vínculos que Dios bendice, que sancionan las leyes y que la naturaleza se encarga de hacer indisolubles por medio de los hijos!

No tienen los angeles, no manifiestan las vírgenes ni los santos el júbilo bendito que siente una mujer enamorada la víspera de su casamiento.

Cuando salí de casa de María y me encontré en la calle sentí frío en el alma; en el *cielo* había una temperatura agradabilísima, y en la *tierra* no era posible disfrutarla.

III.

María vivía cerca de una plaza donde hay jardines, y cuando yo los cruzaba pensando en lo que acababa de ver, una pobre mujer, que es el rigor de las desdichas por diversas causas y que ha ocupado una honrosa posición social, me detuvo diciéndome con voz trémula:

—¡Ay Amalia! usted no sabe lo que me pasa: si ahora no me quito la vida, no me la quitaré nunca.

Yo, que iba sonriendo interiormente dando gracias á Dios de que María, por ahora, se salvara del naufragio y encontrara una playa tranquila, experimenté una sacudida tan violenta, descendí tan rápidamente de un cielo sin nubes á un abismo sin fondo que, mirando á mi interlocutora con dolorosa sorpresa la dije: Sentémonos, no tengo fuerzas para escuchar en pié lo que usted sin duda querrá contarme.

Angela me miró con agradecimiento, la contemplé algunos instantes y no he visto condenado en los retablos de ánimas que revelara en su rostro mayor sufrimiento que el que en el semblante de aquella mujer se revelaba.

Todas sus facciones estaban contraídas por la ira y el dolor, sus ojos hundidos tenían un círculo rojizo, mal peinada, peor vestida, todo en ella demostraba la miseria y el abandono.

—¿Se acuerda V. de mi hija?—me preguntó con voz angustiosa.

—¿De Sara? ya lo creo, y aunque hace mucho tiempo que no la he visto, recuerdo perfectamente que era una niña preciosa, y que ahora indudablemente será una joven encantadora.

—¡Ay! si usted la viera, no la conocería; no parece ni su sombra; se hundió en el fango y en él morirá. Satanás, el mismo Satanás en figura de hombre me la robó. Un miserable, un sér degradado, envilecido, encenagado en todos los vicios, siendo el más dominante la embriaguez, logró enloquecerla, y huyó con él, y..... ¡viajan á pié!.... como los mendigos y los criminales que van de tránsito; y si ella tiene momentos de remordimiento y quiere romper la cadena del vicio y pedir misericordia en algún asilo benéfico, él no lo consiente, la maltrata cruelmente y le dice: «No, tú has de seguir conmigo, conmigo has de sufrir el hambre y la sed, el cansancio y el desfallecimiento. Yo no quiero estar solo, yo necesito alguien que escuche mis maldiciones; solo la muerte te libraré de mí.» Y van de un punto á otro mendigando su sustento, durmiendo en las cuevas ó donde encuentran. Y de aquella niña de cutis de raso y de mejillas aterciopeladas ¡nada queda!.... parece una mómia y la lepra la consume. Vino anoche á refugiarse en mi casa, y á la madrugada ya él había venido completamente ébrio, y revolver en mano la obligó á seguirle: no sé donde se encontrarán ahora.

—Pero señora ¿no hay justicia en la tierra? ¿cómo no dá V. parte al Gobernador?

—Ya lo he hecho; pero no sé en que consiste que nunca los encuentran. ¡Usted no sabe lo que es ese hombre! Parece mentira que pertenezca á una gran familia; por que, crea usted ¡es noble! verdad que parece increíble! Le digo á V. que estoy loca pensando siempre en mi hija, que si grande fué su culpa, bien horrible es su castigo!...

Mientras Angela hablaba, yo pensaba en Maria, en la niña rodeada de sus atavíos de novia, y decia mentalmente: ¡allí está el cielo! allí la virtud, allí la jóven casta y pura esperando el feliz momento de comenzar á hacer la felicidad de una nueva familia! Allí va á cumplirse la sagrada ley de la vida por el ejercicio de los derechos y de los deberes más santos de dos criaturas honradas, mientras que el cuadro que me pinta esta infeliz es el infierno de la prostitucion, la condenacion de la mujer perdida, el vicio con todos sus horrores, el infierno de la existencia, positivo, real, innegable.

¡Que transicion tan violenta! ¡que cambio de impresiones para mi espíritu!... De la luz esplendente al abismo de la oscuridad; de lo que hay más risueño y más puro en la tierra, á lo mas abyecto y repugnante. Miré á aquella mujer sintiendo por ella compasion y repulsion á la vez. Créime dichosa cuando la ví alejarse, y reflexioné que nada había de comun entre las dos.

Entre los horrores del vicio, entre las escenas violentas de los que viven fuera de las leyes morales, y la melancólica y serena monotonía de mi existencia, hay mil mundos de por medio: no vivo en un cielo como vivirá indudablemente Maria; pero estoy lejos, muy lejos de los tormentos del infierno en el cual se han hundido Angela y su hija, la infeliz Sara.

¡Pobre jóven! cuando yo la conocí era una niña con la mirada limpida, las mejillas sonrosadas y la sonrisa de la inocencia entreabriendo sus labios rojos como la flor del granado; hoy..... está enferma en el último grado de la miseria y de la degradacion, cruzando la tierra como el criminal mas miserable: ¡Qué destino tan fatal el suyo!

¿Y Dios preside, y Dios sanciona á la vez las dulces inquietudes de la esposa honrada, y los desaciertos y los extravíos de la ramera?

Maria y Sara, que tendrán la misma edad, reciben las dos en su frente el reflejo divino de la mirada de Dios?

¡Ah! no; leyes desconocidas, pero leyes justas, deberán regular las horas de estas dos existencias diametralmente opuestas. No serán estos los únicos capítulos de su historia, las dos responderán con sus actos á su ayer perdido en la densa bruma de los siglos; las dos preparan los cimientos de su porvenir. Siempre habrá cielos para las almas virtuosas! Siempre habrá infiernos para los espíritus corrompidos!

IV.

¡A cuantas consideraciones se presta el paralelo entre Maria y Sara! Las dos viven en mi memoria..... las dos me han hecho reflexionar profundamente.....

¡Maria!.... ¡luz! ¡esplendores de aurora! reflejo de la claridad divina que debe inundar los cielos!....

¡Sara! ¡sombra densa del vicio..... espejo fiel del infierno de la degradacion humana!

En el breve intervalo de dos horas estudié con aprovechamineto, leyendo en dos libros de los cuales solo hay escrito el prefacio.

¿Cuál será el epilogo?

Casi se adivina.

El cielo de Maria se poblará de pequeños ángeles.

El infierno de Sara será la soledad y el remordimiento. Su condenacion terminará probablemente en el duro lecho de un hospital.

En el cielo de la vida de las mujeres honradas siempre habrá ángeles que sonrian!

En el infierno de la prostitucion, la esterilidad del vicio hace imposible la germinacion de las flores.

Amalia Domingo Soler

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.